



El secreto del sacerdote

* Un crimen no aclarado que no podía revelar

La realidad es a veces más sorprendente que la fantasía y la historia que voy a relatar es un ejemplo. Hace años llegó a Tlapacoyan un sacerdote que oficiaba misa en la Parroquia de la Asunción. A dos meses de su llegada ya era amigo de varios de los feligreses y de otros que nunca asistían a misa. Era un hombre serio, pero sociable, muy puntual en su trabajo, tanto con los horarios en que oficiaba como aquellos en los que atendía la confesión de quienes quisieran hacerla.

Un suceso muy lamentable sucedió una noche, en la época en que el templo permanecía abierto todo el día y toda la semana. No había presbíteros en el lugar y poca gente por el parque frente al cual se encuentra ubicada la iglesia. Uno de los ayudantes de los religiosos entró al templo con la intención de cerrar las puertas y se encontró en una de las primeras filas, del lado derecho, a una mujer que parecía sumida en un profundo sueño. Se acercó a ella por su lado izquierdo, por el pasillo central y como queriendo no despertarla, aunque tenía que hacerlo, le habló en voz baja y le dijo: "Señora, ya vamos a cerrar la iglesia". Ella no reaccionó, así que lo intentó dos veces más, le habló levantando un poco la voz y como no respondía la tocó en el hombro; seguía sin responder, así que la movió y ella cayó hacia su lado derecho. El sacristán supuso lo peor, se acercó a ella con la intención de escuchar su respiración y le pareció que podía estar muerta. Entró a las oficinas, pero no había nadie, así que cerró la iglesia y se fue a buscar al padre recién llegado. Angustiado le platicó lo que había sucedido y el sacerdote se fue de inmediato con éste al templo. Revisó a la señora con cuidado y corroboró que no respiraba. No la movió de la posición en que la había dejado el ayudante. Le ordenó que fuera al palacio municipal y trajera un médico y a la policía. A los pocos minutos llegaron dos uniformados y le dijeron al padre que le habían mandado hablar al médico y que no tardaría. Habían sido informados por el sacristán de lo que había sucedido y cuando llegaron se limitaron a observar a la señora y a mirar alrededor, buscando quién sabe qué.

La señora era una mujer delgada, bien vestida, pero desconocida para las cuatro personas que hasta el momento estaban en el templo. Llegó el doctor, levantó el cuerpo de la señora moviéndola hacia la izquierda y encontró un orificio en su cabeza, del lado derecho, pequeño, con apenas rastros de sangre alrededor. Supuso un disparo de arma de fuego, pero no había orificio de salida de la bala por ningún lado. No había tampoco sangre alrededor. Dijo entonces a los presentes que él podía certificar la muerte de la señora, pero era necesario que la analizara el médico forense para determinar realmente la causa del fallecimiento, así que solicitó a los policías que avisaran a su comandante para que éste se comunicara con las autoridades correspondientes para que se llevaran el cuerpo y le hicieran la autopsia.

Eran ya cerca de las once de la noche. El cura regresó con una sábana y cubrió el cuerpo de la señora. Preguntó al médico si sabía quién era ella y éste le respondió que no la conocía. Horas después llegó una ambulancia que al parecer venía de Jalacingo. Dos personas acomodaron el cuerpo de la señora en una especie de camilla improvisada y la subieron a la ambulancia por la puerta trasera. Se la llevaron sin hacer ruido, sin encender la sirena. No era necesario, puesto que ya había fallecido y no era tan urgente que la llevaran a un hospital.

El cura y el sacristán acompañaron a los policías y a su comandante, que ya los acompañaba, al ayuntamiento, para rendir su declaración. Una vez ahí, dada la hora y por respeto al religioso, le pidieron que acudiera más tarde, que descansara y luego pasara a declarar. Ambos regresaron antes de mediodía y declararon lo que sabían, lo mismo el médico y los policías.

Unos días después, el sacerdote envió a su ayudante a preguntar si se sabía algo ya acerca de la señora. Este regresó con el comandante, quien le comunicó que ya les habían informado cuál había sido el resultado de la autopsia y que efectivamente, la dama en cuestión había fallecido por disparo de arma de fuego en la sien derecha, por una bala calibre 22 que había quedado alojada en la cabeza y la sacaron al realizar la necropsia. Lo que se refería a quién, cuándo, cómo, por qué y dónde disparó tenían que averiguarlo ahí, en Tlapacoyan, la propia policía de la población y concretamente el comandante.

No existía una policía investigadora en la ciudad. El comandante no tenía la menor idea de qué hacer. Su puesto lo había obtenido por amistad, no por capacidad. Así había sido siempre. Lo mismo sucedía en la mayor parte de los municipios veracruzanos.

Por lo que a quienes vivían entonces en Tlapacoyan se refiere, unos cuantos escucharon el rumor de que había habido un suicidio en el interior de la parroquia, pero no lo difundían; no se platicaba del asunto, por temor y respeto a quienes trabajaban en el templo y por la acendrada fe que entonces predominaba.

El comandante había instruido a sus policías para que no hablaran del tema con nadie y le aseguró al párroco que por parte de la autoridad no se sabría nada. No habían encontrado ningún arma en el templo, así que quedaba claro que se trataba de un asesinato. ¿A qué hora, dónde se cometió el crimen y cómo sucedió? Eran preguntas a las que ninguno de los que habían visto el cadáver podía responder. Prefirieron, por lo tanto, manejar todo como si se hubiera tratado de un suicidio. Si alguien se enteraba de algo e iba a preguntar se le diría que una señora se había suicidado, pero no dentro de la iglesia y que el sacerdote la había visitado para darle los servicios religiosos correspondientes. Así se mencionaría que el templo había sido profanado.

Poco más de dos semanas después se presentó un feligrés conocido con el padre y le pidió que lo escuchara en confesión. Le preguntó, antes que nada, si había la posibilidad de que lo que le iba a confesar fuera conocido por alguien, quien fuera, además del propio cura que escucharía la confesión y éste le aseguró que

nadie sabría jamás lo que le contara, porque él tenía que guardar el secreto, era un secreto de confesión y bajo ninguna circunstancia podría el religioso revelárselo a nadie, ni siquiera a la autoridad más alta de la iglesia porque de hacerlo, además de incurrir en pecado mortal, transgrediría las normas más estrictas de la Iglesia y eso era impensable.

Así que entraron en el confesionario, cada uno en el lugar que le correspondía y el feligrés le hizo al sacerdote una revelación terrible: Él era quien había asesinado a la dama que encontraron días atrás en el interior de la iglesia con una bala en la cabeza, sentada en una de las primeras filas. Le contó todo lo que había sucedido: La señora llegó en autobús a la población por la mañana del día en que la encontraron. La recibió en su casa el que se confesaba. Ella había hecho un viaje largo, con escala en la Ciudad de México, así que estaba muy cansada; desayunó, luego se dio un baño y se acostó a dormir. Se llamaba Carmen.

Llamemos Tomás al feligrés, aunque no era ese su nombre real. Por el compromiso hecho con quienes tienen en su poder la confesión escrita de éste, que me mostraron, no puedo divulgar su verdadero nombre, ni el del cura que le tomó la confesión, por lo que veremos más adelante.

Tomás vivía solo. Su pareja sentimental lo había abandonado alrededor de siete años atrás. Se fue con un vividor, un individuo que no tenía trabajo fijo y se dedicaba a extorsionar por cualquier motivo al que se dejaba. A Tomás le fue a pedir una pequeña suma de dinero prestada que le prometió devolverle en diez semanas y le ofreció hacerlo pagándole el diez por ciento de interés. Unos días después lo encontró en su casa, platicando con su compañera. Le había llevado un abono. Nunca le liquidó la suma prestada por completo. Meses después, cuando ella lo dejó, supo que lo había hecho con el vividor y que durante todo ese tiempo se habían convertido en amantes. Todos lo sabían, menos él.

Carmen se presentó en la casa de Tomás y le dijo que era hermana de la que lo había dejado, que ésta había fallecido como consecuencia de un accidente automovilístico que tuvo cerca de un año antes, junto con el vividor. Estuvo hospitalizada una semana, con heridas graves y falleció, pero en ese lapso hizo testamento nombrando su heredera universal a Carmen. El vividor murió en el sitio del accidente. Tomás no conocía a Carmen, ni a ningún otro familiar. La amasia de Tomás no era de Tlapacoyan, pero era la propietaria de la casa en que vivían. Llegó a la población con otro hombre que falleció en circunstancias misteriosas y la dejó con dinero. Dolida por el abandono, se juntó con Tomás y parecía feliz a su lado, se complementaban, compraban ropa en Estados Unidos, en la frontera, y la vendían a las amistades de Tomás en Tlapacoyan. No tuvieron hijos.

Volvamos a Carmen. Cuando despertó le dijo a Tomás lo que había sucedido con su hermana, pareja sentimental de él y le habló del motivo de su viaje: Quería una fuerte suma de dinero y si él no se la daba lo iba a echar de la casa. Le bastaría presentar el testamento ante un juez y pedir que le escrituraran la casa, solicitando medidas contra él. Por el tiempo transcurrido, Tomás podía haber puesto la propiedad a su nombre, pero no lo había hecho. Como lo lamentaba ahora. Así que discutieron fuerte. Carmen no entendía razones y venía preparada, sacó una pequeña pistola calibre 22 de su bolso y amenazó a Tomás, le dijo que si no le iba a dar el dinero que le pedía se saliera de la casa, que la hermana se la había dejado a ella y la iba a escriturar a su nombre. Tomás se negaba, así que Carmen le acercó la pistola al corazón y lo amenazó con disparar, forcejearon, Tomás se la quitó y le disparó en la cabeza, en la sien derecha. Ya era tarde y cuando la vio tirada en el piso salió asustado de la casa, pero no había nadie, así que se metió de vuelta y ya sereno le quitó la blusa ensangrentada y le puso una limpia, limpió la herida, cargó el cadáver y lo metió a su vehículo. Lo estacionó frente a la escalinata de la parroquia y entro cargando el cadáver por la puerta lateral. No había nadie dentro, así que sentó y acomodó el cuerpo frente al altar. Cuando llegó iba con la idea de pedirle al sacerdote que le perdonara a ambos, a ella por intentar matarlo y a él por acabar con la vida de ella. Se sentó unos minutos junto al cuerpo exánime y finalmente decidió irse.

Pasaron los días y Tomás vivía con la angustia permanente de lo que había hecho. El remordimiento lo aquejaba día y noche. No podía dormir. Esperaba que en cualquier momento llegara la policía por él, o algún familiar de Carmen y su compañera buscando a la primera. Alguien tendría que saber algo acerca del viaje de Carmen a Tlapacoyan, pensaba Tomás. Pero no sucedió ni una cosa ni otra. Como si no hubiera sucedido nada.

Sin embargo, Tomás no pudo más y decidió confesarle al sacerdote lo que había sucedido. Cuando terminó la confesión, el religioso le dijo que no lo podía perdonar por lo que había hecho y que le aconsejaba que se entregara a la policía, que les dijera lo que había sucedido y que seguramente habría circunstancias que atenuarían cualquier condena que se le impusiera, o que tal vez hasta lo dejarían en libertad, porque había actuado en defensa propia.

"Perdóneme, padre, por favor, no puedo más sobrellevar lo que he hecho", le insistió Tomás a su confesor y éste le replicó que no lo podía perdonar por haber acabado con la vida de otra persona, que se entregara a la autoridad.

Tomás salió de la parroquia, subió a su automóvil y se fue. No se supo nunca más de él. Había dejado una carta en manos de un familiar con instrucciones de que se abriera en caso de que él falleciera. Pasaron los años y el poseedor del documento me lo trajo. Resulta de que éste ha leído algunas de las crónicas en que he relatado casos de alguien que fue secuestrado y nunca más se volvió a saber de él, o del que salió de casa para regresar años después porque había sufrido un accidente grave y perdió la memoria. Pero lo que lo impulsó a verme fue la crónica, a dos semanas, que escribí sobre el padre Elías (ver referencia en recuadro adjunto), porque la volvió a leer hace unos días, dos años después de que la escribí y cuando se cumplieron 27 de que falleció.

Sobre Tomás no se supo nunca nada, simplemente desapareció. Su casa permaneció deshabitada durante mucho tiempo y un día, al



Todos los templos guardan secretos y muchos de estos jamás se conocerán.

ver que no regresaba, el familiar decidió abrir la carta y descubrió la terrible confesión.

Quedan ahora varios puntos para reflexionar: La familia de Tomás deberá solucionar, si es que no lo ha hecho ya, mediante un juicio de prescripción positiva, el problema de la propiedad de la casa, tras habitarla más de cinco años.

El sacerdote se quedó con un terrible secreto

de confesión. Sabe quién es el autor de un crimen que terminó con el cuerpo de la asesinada en el interior de la parroquia, pero no se lo dijo nunca a nadie, seguramente. La pregunta es: ¿Cuántas veces se habrá inclinado ante una imagen divina para pedirle que lo perdonara por no poder señalar a un asesino? ¿O cuántas veces habrá pedido alguna señal para saber qué hacer? El

familiar me asegura que al poco tiempo de que desapareció Tomás, se fue también y nunca más se volvió a saber de él.

¿Y la familia de Carmen y de su hermana? ¿Nadie se enteró de lo que ésta estaba haciendo? ¿De su viaje? ¿Por qué nadie vino a la población a preguntar nada? ¿Era verdad lo del testamento? ¿De veras falleció su hermana?

El Padre Elías

El 17 de abril de 1924, hace casi 93 años, nació el sacerdote **Elías Núñez Fuentes**, muy querido y recordado por los feligreses de Tlapacoyan. Murió el 6 de diciembre de 1989, a los 65 años de edad; algunas personas creen que murió el 7 porque su fallecimiento fue cerca de la media noche del 6. Nació en Unión de Tula, un pequeño pueblo de Jalisco ubicado a 85 kilómetros al suroeste de Cocula, cerca del Parque San Ignacio. Sus padres fueron Salvador Núñez Pinzón y María Guadalupe Fuentes Cárdenas. Tuvo diez y seis hermanos. Mis recuerdos acerca de él son muy gratos: siempre cargaba con su cajita de lámina de Sal de Uvas Picot, para guardar las limosnas que recibía. Ofició las misas respectivas cuando fallecieron mis seres queridos, en su época, en Tlapacoyan. Para mayor información acerca de su persona se puede consultar la crónica a dos planas que publiqué el primero de diciembre de 2014, cinco días antes de que se cumpliera el aniversario número 25 de su fallecimiento. Una copia de esta crónica, o de otras, se puede obtener de varias formas: en las oficinas de este periódico, en Martínez de la Torre; en el Ciber de Carlos Patiño, localizado en la calle Hidalgo, a unos pasos de la calle Cuauhtémoc, en Tlapacoyan; y, desde luego, escribiendo al autor de estas líneas a alfonso@codigodiez.mx (ADG).



El padre Elías Núñez Fuentes, con su cajita de Sal de Uvas Picot bajo el brazo.

La muerte de Antonieta Rivas Mercado

Hace unos días se conmemoró un hecho trágico parecido al que se relata en la crónica de este día. Llegó a la Catedral de Nuestra Señora de París una dama que se sentó frente a la imagen de la Virgen de Guadalupe, ubicada en el interior de una capilla dentro del templo y se disparó un balazo en el corazón. Agachó la cabeza sobre el pecho y quedó ahí, sin vida. El religioso en turno cerró el templo de inmediato y dio aviso a la policía. Cuando los agentes de la corporación llegaron avisaron al consulado mexicano. Se trataba de Antonieta Rivas Mercado, una mujer que trascendió a su tiempo, mecenas de artistas e intelectuales, hija del arquitecto Antonio Rivas Mercado, constructor de la Columna de la Independencia y director de la Academia de San Carlos.

Estaba en París acompañando en el exilio a José Vasconcelos, el escritor y político que fue rector de la UNAM y autor del lema de la misma universidad, "Por mi raza, hablará el espíritu"; fue también secretario de Educación durante el gobierno de Álvaro Obregón y candidato a la Presidencia de la República en 1929. Contendió contra Pascual Ortiz Rubio y perdió tres unas elecciones trágicas y fraudulentas.

Antonieta se suicidó el 11 de febrero de 1931. Sobre ella se han escrito innumerables artículos en periódicos y revistas, y tres libros en particular: "A

* Fue el 11 de febrero de 1931, hace 86 años

la sombra del Ángel", escrito en 1995 por una nuera que nunca conoció, Kathryn Blair; Antonieta, de Fabienne Bradú; además del "Diario de Burdeos", escrito por la misma Antonieta y que hace unos años llegó a las manos del autor de estas líneas. Sobre el mismo escribí en este espacio tras acudir a recibirlo y a dar una conferencia a la Universidad del Estado de México, en Toluca (ADG).



José Vasconcelos y Antonieta Rivas Mercado.